



DIARIO DE WOODSTOCK

Michael Fairchild

Durante los días de gloria de los grandes festivales de rock al aire libre, millones de personas se juntaron en cientos de reuniones históricas. Sin embargo, a lo largo de la historia, las reuniones a gran escala a menudo han acompañado los rituales de la humanidad. Desde los *revivals* religiosos, eventos políticos o deportivos, las sociedades han expresado sus inquietudes y han buscado el entretenimiento en el espectáculo con la participación de las masas. Y aunque las celebraciones musicales han atraído a las grandes multitudes a todo tipo de eventos, desde ferias medievales hasta los concursos de *country/bluegrass*, no fue hasta los albores de los Festivales de Rock que la música misma podía atraer a grandes multitudes de una manera algo ajena a los costumbres prevalentes de la civilización de “occidente”. El comportamiento de los jóvenes en los festivales de los años 60 estaba en desacuerdo con la conducta de sus padres porque el *mensaje* que se transmitía a través del rock no concordaba con las creencias subyacentes de las entonces sociedades actuales en los EE.UU o Europa .

En el corazón del Rocanrol está el ritmo del *rhythm and blues*. R & B es una versión pulida y urbanizada del antiguo blues rural - una música con vínculos a las milenarias religiones tribales de África. Antes de su importación al occidente, el “blues beat” era uno de los pilares de las danzas rituales de posesión de los espíritus. Hipnotizados por el ritmo, los ancestros del rocanrol se comunicaban con las *Loas*. Las creencias animistas africanas tenían a las *Loas* como puentes espirituales intermediarios entre el hombre y el dios. Las Loas son las deidades de segunda línea, dioses-mensajeros del espíritu poseído y son invocados para que

fluyan a través de un bailarín atrapado en un éxtasis físico/espiritual. Tal unificación de hombre y dios produce efectos sobrenaturales en el sujeto poseído.

Sin embargo, la base bíblica de la vida en occidente impone una *dualidad* entre la mente y el cuerpo; los reinos espirituales se enfrentan a la vida física. Únicamente en el jardín de Edén no existen opuestos. El tiempo no existe; el pasado y el futuro son desconocidos en el *ahora* eterno paraíso. El hombre y la mujer están indistinguiblemente unidos con dios.

La felicidad desapareció cuando Adán comió la fruta prohibida, y la vida mortal empezó cuando Eva desobedeció. El *pecado original* reveló la existencia del conocimiento prohibido de opuestos. Por esta infracción, dios les echó del Jardín del Edén, y conocieron la vergüenza.

Su “caída” del paraíso fue causada por haber probado la fruta prohibida. Éste es nuestro modelo del hombre de occidente, basado en las creencias judeo-cristianas que designan todos los actos impulsivos como pecado; los deseos físicos requieren resistencia y corrección porque la *lujuria* es el enemigo de la piedad espiritual. Codificada en los mitos de la creación de la civilización occidental, vemos esta lucha eterna para controlar y pacificar los impulsos terrenales. Exiliado del Jardín del Edén, la mente está en guerra con su cuerpo. Todas nuestras actitudes están coloreados por *el hombre/mujer caídos*, como nociones de expiación por el Deseo mundano.

Pero tales mitos bíblicos eran desconocidos para los ancestros africanos del rock. Sus ritmos de la danza poseída inspiran una *unión* de reinos: la naturaleza *como* divinidad. Las *Loas* son las que descubren una unidad divina natural. El dios habita y a la vez es habitado a través del trance de la danza. En su abandono corporal, los bailarines se convierten en dios, inducidos por la música y sus ritmos hipnóticos. El ritmo de blues y rock se originó en estos rituales. *Poseción* es el mensaje del rock, un mensaje contrario al que indica la caída del jardín del Edén. Implica la celebración del cuerpo con el cuerpo. Las religiones basadas en la biblia hacen cruzadas contra este punto de vista de los “hombres-naturales”, condenados por sus aspiraciones seculares, y el Vaticano prescribe la abstinencia como precio de la salvación.

Los ritos tribales que fueron importados junto con los esclavos africanos conservan estas frenéticas costumbres de la selva. Paganos apareciendo en el delta del Mississippi y enseñando a los cristianos primitivos como unir el espíritu y la carne. Las autoridades, aborreciendo esta práctica, decretaron inmediatamente una prohibición contra el “tambor sagrado” y la danza de las *Loas*. Y fue en parte por eso, para compensar la pérdida de estas costumbres, que los esclavos crearon el Blues. El Blues ventilaba ese instinto animista rebosante, sofocado por las prohibiciones Puritanas. Esta es una música de *Ritmo*, un ritmo que inspira a bailar. Así, en vez de las danzas tribales de Vudú, la comunión con las *Loas* fue codificada en actuaciones del tipo Blues. Lo que comunicaban los tambores durante los ritos comunes, ahora se preservaba a través de músicos individuales. El mensaje sobrevivió. El Blues

sigue siendo la forma artística más original e influyente de los EE.UU. En su interacción rítmica e improvisada, el *abandono* sigue sano y salvo, y los bailarines siguen a las *Loas* todavía.

Cuando el ritmo de posesión se hizo eléctrico, todo estaba preparado para recibir al Rocanrol. En 1956, los mercados de masas de todo occidente canalizaban a África a través de Elvis Presley. El *rhythm and blues* llegó a dominar los medios, causando una colisión entre los impulsos naturales y las costumbres de una sociedad creyente y conservadora. El énfasis de la sociedad en lo espiritual sobre lo físico colapsó en una danza serpenteante y carnal. La música corporal del blues instó al clero a *Boogie-ar* cuando África luchaba contra el vaticano. Los establecimientos puritanos fueron vilipendiados por los paganismos pélvicos de Elvis y su tribu. El rocanrol hizo que los jóvenes perdieran sus inhibiciones con ritmos que reavivaban el frenesí como poseídos. Como los paganos pre-cristianos en sus trances, chicos y chicas de Europa y los EE.UU. una vez más fueron “catedrales vivientes”, receptivos de espíritus embriagantes.

Little Richard dijo que el rocanrol era “*la música de curar, la música que hace que los ciegos vean, los tullidos, sordos y mudos caminen, oigan, y hablen*”. Las canciones codificadas con la metafísica de los ritmos africanos dieron alivio subliminal a los “reprimidos de occidente”. El sonido del tambor podía curar el pecado original y calmar las tristezas *espirituales*. Los hijos y las hijas de los estrictos puritanos no podían saciarse. Durante la década siguiente de la primera dosis de Elvis, un tsunami de rocanrol llegó a su clímax con sus “aquelarres”. Después de siglos de prohibición religiosa, otra vez las tribus salían a bailar en masa.

“El Establishment (la sociedad) nos ha impuesto Los Diez Mandamientos diciendo NO NO NO” dijo Jimi Hendrix a su generación. *“Y entonces llegan los jóvenes con otra configuración de neuronas y el Establishment no sabe que hacer. Los muros se caen y el Establishment no quiere soltar las riendas. Estamos intentando salvar una generación, crear un buffer (zona de seguridad) entre los jóvenes y los mayores. Nuestra música es una terapia de choque para ayudarles a entender cuales deben ser sus metas. En el fondo, nuestra música es un blues- espiritual.”*

Una gran población de jóvenes, entre ellos un montón de adolescentes, los *Baby Boomers* nacidos tras la II Guerra Mundial, que habían mamado el rocanrol, maduró en una cultura conectada con la antigüedad. Como los chamanes de la época paleolítica que hablaban con los animales, los jóvenes de occidente sintonizaron con los yoguis, poetas, curanderos, cantantes, videntes, hechiceros y brujas del rock subterráneo.

Siguiendo el ritmo, se activaban instintos que les ponían en el camino de convertirse en seres humanos completos. Las festividades empezaron en las salas de conciertos de la zona de Haight-Ashbury de San Francisco, California.

Desde los días de la fiebre del oro en California, la Costa de Barbary mantenía una tradición de permisividad. La tolerancia hacia estilos de vida alternativos atraía hacia el oeste a los refugiados de una opresión convencional. Como base para los *bohemios* o *beatniks* y vecina del movimiento de libertad de expresión de Berkeley, ciudad vecina, San Francisco reinaba como la cuna de la contracultura Americana.

Las condiciones allí eran ideales para que la gente se juntara en actos públicos. Reuniéndose alrededor de la magia de la música, los “renegados” de las formas occidentales mostraban más empatía hacia las creencias Hindú, Vudú o Zen-Budhista. El *animismo/vuelta a la tierra* de los nativos Americanos (Indios) resonaba como aire fresco en un mausoleo. La primera generación de roqueros blancos de la zona de San Francisco encontró un terreno común con la cultura afro-americana. Los chavales que habían bailado y consumido música durante toda su vida estaban listos para transferir su lealtad a culturas no occidentales. Se sentían especialmente defraudados con la generación de sus padres y con su legado de destrucción de la naturaleza. A medida que estos jóvenes maduraban, la mayoría aborrecía la Guerra, así como el reclutamiento forzoso durante la Guerra de Vietnam. Un reclutamiento a una fuerza armada racialmente desigual que obligaba a los “negros” a disparar contra los “amarillos” para enriquecer a los “blancos” y todo esto sucedía en una tierra robada a los “rojos”, como en el caso de Estados Unidos. La sociedad dominante, el *Establishment*, vivía presa del miedo y la avaricia. Era el deber de una joven y nueva generación llevar a los mayores de vuelta al camino de la curación de la madre tierra.

La explosión de energía causada por el Rock, llevó a una gran preocupación por salvar el planeta. Todo era posible dentro de la realidad virtual de una mente expandida. El oasis del Haight-Ashbury (San Francisco) nació para el florecimiento de la humanidad. En 1966 la contra-cultura se había convertido en una fiesta perpetua. Empezaron los conciertos multi-banda, con sus luces psicodélicas parpadeantes y las pistas de baile llenas de *Freaks* retorciéndose. Los que habían tomado ácido o LSD montaron su *Loa* y vieron al dios. En el festival del Longshoreman's Hall de San Francisco en 1966, se celebró el décimo aniversario de la aparición de Elvis. Durante esa década que marcó las raíces de rock, la transformación interior de toda una generación llegó a su punto decisivo. La llamada del rhythm and blues produjo un nuevo tipo de *teenager*. Exiliados de la mojigatería, y entonados con las vibraciones terrenales, los jóvenes se reunían en tribus para sus ritos del *Sabbat*.

Durante los diez mil años de la historia humana conocida, casi 495 de las últimas 500 generaciones han vivido en tribus. Vivían en pueblos pequeños o en grupos reducidos y ambulantes, en grandes familias, donde la supervivencia dependía del *grupo*. Pero el cambio llegó rápidamente con la Revolución Industrial. Cuando los vínculos tribales desaparecieron durante la edad moderna del *individuo*, también desapareció el sentimiento de conexión a la red que le sostiene. Un estado de *alienación* alcanzó proporciones nunca vistas hasta entonces, cuando parecía que corríamos para destrozarnos el planeta y su capacidad de mantener la vida. El dióxido

de carbono en el aire fue medido por primera vez en 1958, mientras el rocanrol daba combustible a las fuerzas que empezaron a remodelar nuestros vínculos con la naturaleza. No había tiempo que perder. Después de siglos de dominio indiferente sobre la tierra, los partidarios del *equilibrio ecológico* desencadenaron un proceso de reciprocidad con la tierra. Y justo a tiempo, los tambores de los nativos americanos despertaron de nuevo nuestro instinto de *interdependencia*. La vida en tribus, perdida durante la implantación generalizada de la industria, reapareció.

El equinoccio primaveral de 1966 inspiró a los *freaks* de San Francisco a llevar sus celebraciones a las *Free Fairs* – ferias gratuitas y libres como los *Free Trips Festivals* de antes, pero expandidos, al aire libre. Las multitudes de *Baby Boomers* (nacidos durante o tras la II Guerra Mundial) crecieron cada vez más, hasta llegar a celebrar el “*Great human be-in*” en enero de 1967 (un festival del ser humano, un *happening* en el parque del Golden Gate de San Francisco). Ese domingo fue testigo de 20.000 personas bailando en éxtasis, que colectivamente dieron a luz el FESTIVAL DE ROCK.

Los festivales de rock eran ritos de iniciación para una generación que pasaba por grandes cambios. Estos rituales eran la encarnación del movimiento de Vuelta a la Naturaleza, basado en las virtudes de vivir en grupo: la cooperación, compasión, bondad, generosidad, paciencia, y tolerancia. Estos eran los ideales consagrados de cada *BE-IN*. Cada nuevo festival se medía por su vinculación con estas nuevas formas tribales.

Cuando en el mes de junio amaneció el Verano del Amor, el estándar del entretenimiento juvenil era que tocasen muchas bandas una tras otra, en reuniones masivas. Todo empezó en el festival Internacional de Pop de Monterrey, al sur de San Francisco. Pero después de Monterrey no había ningún sitio lo suficientemente grande como para contener las masas de gente que acudían a los conciertos, ni podían evitar con muros y vallas que la gente accediera sin entrada. Antes de Woodstock, en 1969, hubo ya 3 festivales que sucumbieron al caos creado por la gente colándose sin entrada. Durante tres días en el mes de junio, decenas de personas fueron arrestadas, y hubo seis heridos, durante el caos que se provocó en el Festival de Pop de Denver, Colorado, donde 50.000 personas intentaron entrar en el estadio Mile High, demasiado pequeño. Además, ambos festivales de Pop de Newport (California) y Newport Jazz (Rhode Island) salieron en la prensa nacional, que destacó con énfasis la violencia que se había producido.

La mayor concurrencia hasta la fecha tuvo lugar en Devonshire Downs en Northridge, cerca de Los Ángeles, cuando llegaron 150.000 personas para celebrar el Newport Pop Festival. La celebración del solsticio iba a durar 3 días, pero se vio seriamente alterada cuando miles de personas que intentaban colarse se enfrentaron a la policía. Y posteriormente, durante el decimocuarto Festival de Jazz de Newport del 4 de Julio, que incluía varias bandas de rock, unas 78.000 personas llegaron a un estadio con un aforo de 21.000. Las masas de teenagers sin entrada destrozaron las taquillas durante una fuerte tormenta e irrumpieron en el recinto. El

festival de jazz más famoso perdió su hogar y los conciertos de rock fueron prohibidos en Newport.

Newport fue el tercer festival de masas en dos semanas donde se había producido violencia y salió en titulares por toda la nación. Pero hubo también festivales pacíficos durante esa misma época. El festival de Pop de San José County fue testigo de 20.000 personas durante 3 días, con Jimi Hendrix descargando todo su poder psicodélico. En Miami y Atlanta, se reunieron hasta 100.000 personas sin ningún tipo de problema. Según uno de sus organizadores, no fueron violentos porque las autoridades dejaban en paz a los chicos, y la policía no intentaba controlarlo todo.

Como el festival de Monterrey Pop en 1967, el de Atlanta de 1969 tenía las mejores bandas que pronto serían famosas por todo el mundo. Además de poder acampar gratuitamente, había todo tipo de actividades esotéricas como videntes, astrólogos, quiromancia y también tiendecitas de ropa, comida y arte. Durante 3 días, 130.000 personas ocuparon como sardinas en lata una pista de carreras de coches que sólo tenía sitio para 10.000. Muchísima gente sin entrada lanzaban cánticos rogando poder entrar, y cuando quedaban sólo 5 horas para el final del concierto, el promotor les permitió pasar diciendo: “déjales entrar, no queremos problemas.” A pesar de la ola de calor, la falta de comida y las interminables colas para los baños y todo lo demás, la escena permanecía tranquila, con pocos arrestos, ninguno por drogas. Sin embargo los atascos y los desnudos de Atlanta llegaron a todos los titulares nacionales durante ese verano. Los Festivales de rock estaban en boca de todos.

Cuando la Empresa de Woodstock empezó a operar en Wallkill, New York, su festival fue inmediatamente rechazado. El Apollo 11 estaba en camino para la luna mientras *Woodstock Ventures* peinaba frenéticamente las montañas de Catskill en busca de un sitio donde aterrizar. El festival de Woodstock nació en Bethel. El plan para los campos del Sr. Yasgur era colocar a la gente en un anfiteatro circular natural, un campo de alfalfa en el centro rodeado por bosques de Arce. 160 kilómetros al norte de Manhattan, los campos de Yasgur no podían ser más perfectos para una reunión agraria de refugiados urbanos.

En la tarde del jueves 14 agosto de 1969, el escenario de 18 x 21 metros estaba listo, pero por el imprevisto traslado a una nueva ubicación, no hubo tiempo suficiente para construir taquillas, así que la única restricción de acceso al recinto fue una alambrada de púas, que fue desmantelada rápidamente. 24 horas antes del comienzo oficial, habían ya unos 100.000 hippies instalados en los campos de alfalfa, y en los bosques.

El viernes por la mañana, el tráfico alrededor de Bethel estaba totalmente colapsado. En 20 kilómetros a la redonda, los coches estaban parados, parachoque contra parachoque. Por primera vez en la historia, la autopista estatal más importante estaba totalmente bloqueada en esa zona. De los más de un millón de *freaks* que había en las proximidades, sólo pudieron llegar un 40%. Las multitudes

tenían que hacer colas para todo, incluso para usar los wc portátiles, ya rebosantes. Se necesitaban dos horas de cola para usar los teléfonos de pago y 45 minutos para conseguir agua. La empresa no tuvo elección sino declarar el festival gratuito.

El cableado del sistema de sonido llevó un día entero y el equipamiento iba llegando muy lentamente. Con pipas, ayudantes, amplificadores y bandas atascadas en un tráfico brutal, el solista más cercano fue reclutado para abrir los conciertos. Entre amenazas de tormenta, Richie Havens empezó a tocar a las 17:07, y él recuerda que: *“el hecho de que los que teníamos instrumentos acústicos podíamos salir y hacer sonar algo con relativa facilidad, fue la única razón por la que tocamos primeros”*. Seguidamente durante el viernes “acústico” tocaron Country Joe and the Fish, John Sebastian (de The Lovin’ Spoonful), The Incredible String Band, Sweetwater, Tim Hardin, Bert Sommer, Ravi Shankar, Melanie (con 16 años), Arlo Guthrie (hijo de Woody Guthrie, el abuelo de los cantautores) y Joan Baez.

El calabobos se convirtió en tormenta cerca de medianoche, aunque la temperatura seguía siendo calida. No había luces para iluminar los campos cuando terminaba la música, así que en lugar de hacer una larga caminata hacia los retretes, sin garantía de volverse a encontrarse después con los amigos, muchos simplemente “abonaban” los campos in situ. Cayeron 8 centímetros de lluvia en un espacio de tres horas. Y medio millón de campistas intentaron dormir en el barro.

Ya el mismo sábado, la granja del Sr. Yasgur era una cuesta muy resbaladiza. Los titulares del New York Times mostraban el “mar de barro” y definían el sitio como zona catastrófica. El barro de hasta 5 centímetros de profundidad tiene la consistencia de un brownie y huele a hachís, e incluso pica. Woodstock está al límite, el hambre acecha. Durante tres días, el ejército está en alerta y preparado para entrar a la mínima señal de problemas.

Pero los medios no pudieron ver el improbable efecto de la lluvia: el espíritu de bondad y empatía que nace entre la multitud empapada. Su incomodidad compartida y de crisis inspira una unión comunal en la granja. Los residentes estaban maravillados ante el comportamiento de los jóvenes. Los negocios locales vivieron su mejor momento y los vecinos de Bethel hicieron todo lo que pudieron por alimentar a las hordas invasoras de la fiesta pagana de Woodstock.

En palabras de un dueño de una hamburguesería, *“Había hogueras y grupos de personas muy extrañas, comportándose de forma muy primal y con las caras pintadas. Era como estar en Borneo: gente bailando alrededor del fuego, gente gritando, gente enloqueciéndose. En una hoguera había una mujer grande con los pelos a lo loco y un collar de huesos alrededor del cuello gritando a lo loco, fuera de control. Parecía una bruja. Me sentí que estaba retrocediendo en el tiempo, entrando en una época muy primitiva, pre-civilizada. Estaban realizando ritos, gritando. La impresión general era atávica, chamanista, como si las restricciones de la civilización hubieran sido eliminadas.”*

Los conciertos del sábado celebrados sin lluvia, llevaron a picos de éxtasis. Los participantes *groovean* los temas de Quill, Keef Hartley, Santana, Mountain, Canned Heat, Creedence Clearwater Revival, Grateful Dead, Janis Joplin, Sly and the Family Stone, the Who, y Jefferson Airplane. Como dioses gladiadores en los frentes de la conciencia, estas bandas llevaban a las masas a través de sus viajes emocionales. El ritmo libertario del rock bajo la luz de la luna unió a las tribus en el apogeo de la década. Los campos soñadores de Woodstock despertaron antiguos ritos y danzas primitivas. La música era un fruto enraizado en el Blues, dulcemente madurándose en medio millón de cabezas. Fue la bacanal del siglo, sembrando un frenesí de poseídos hasta el amanecer....

Cuando Jefferson Airplane aterrizó durante el amanecer del domingo, las masas estaban ciegas de felicidad. Largas colas de *freaks* exhaustos salían de la granja del Sr. Yasgur mucho antes de que la tormenta de aquella tarde forzara la gran migración a casa. Los cánticos de “¡lluvia no!” no consiguieron aplacar los cielos que cubrían la zona de White Lake. Durante todo el fin de semana Woodstock se tambaleó sobre unos cimientos muy débiles: las lluvias torrenciales se llevaron la tierra que cubría los cables de alto voltaje, dejándolos expuestos. Miles de pies pisaron el aislamiento de caucho, cada vez más endeble. Los promotores se arriesgaban a una electrocución en masa, o a grandes disturbios entre la gente si se iba la electricidad. Los rayos y los vientos huracanados bailaban alrededor de las tambaleantes torres de sonido, ancladas en un barro cada vez más inestable, los enormes altavoces amenazaban con caer sobre un mar de cabezas y el difícil acceso a la zona era un catalizador de cualquier desastre médico.

Durante todo el evento sólo estuvo presente una reducida y endeble fuerza de seguridad. La primera y última vez que hubo un festival de música sin presencia masiva de la policía fue aquí en Woodstock. ¡Y funcionó! La música continuó durante todo el domingo hasta el alba de lunes, interrumpida solamente por las intermitentes lluvias torrenciales. La gente que resistió pudo disfrutar de Joe Cocker, del discurso de Max Yasgur (“*I’m a farmer.....*” – “*Yo soy granjero...*”), tan vitoreado por la multitud; Country Joe and the Fish, un discurso de Swami Satchidananda (el Gurú de Woodstock), Ten Years After de Alvin Lee, The Band, Blood Sweat and Tears, Johnny Winter, Crosby Stills Nash and Young, Paul Butterfield Blues Band, Sha Na Na, y por supuesto, Jimi Hendrix.

El pase acústico de Richie Havens abrió el festival y el eléctrico de Hendrix lo cerró. Hendrix era el no va más de todos los festivales heavy de entonces, y fue el músico mejor pagado de Woodstock. Su Voodoo Blues intergaláctico convirtió al ídolo en el becerro de oro de las tribus. Jimi era la viva encarnación del Blues Espiritual. Pocas veces había tocado durante el día, y Woodstock es el único ejemplo de un pase *matinal* de Hendrix.

Para cuando Jimi cerró las festividades del fin de semana, ya había un total de 5.162 personas atendidas en las tiendas de primeros auxilios: nacieron algunos bebés y murieron tres personas; uno de sobredosis, uno de apendicitis, y otro, que al

quedarse dormido entre bolsas de basura para taparse de la lluvia, fue aplastado por un tractor. Una chica se rompió la columna al caer de una de una de las torres de luces. El sistema judicial de Bethel, New York, tramitó 177 arrestos, una cifra que en Bethel correspondía a la de todo un año entre sus vecinos. Las multas eran de unos 25 dólares pero la mayoría de ellas fueron desestimadas. Mientras, los promotores del festival empezaban a reembolsar el dinero a 18.000 personas que no habían podido disfrutar del festival, debido a los atascos y caminos bloqueados.

Contra todo pronóstico, Woodstock obtuvo el estatus de Tierra Prometida. El “espíritu de los sesenta” se consolidó. Con la música y el baile, las masas reclamaron su antigua herencia y redescubrieron que el Edén, como Woodstock, no tiene portones. La reunión en la granja de Yasgur sigue siendo lo más cerca que hemos podido llegar a una utopía.

1992 Michael Fairchild, notas del cd WOODSTOCK DIARY (Atlantic)
Traducido y adaptado Andrew Phillips